

6-1-2015

De Michel Pêcheux al Subcomandante Marcos: descripción de lo unívoco, interpretación de lo equivoco e insurrección contra lo inequívoco

David Pavón-Cuellar

Recommended Citation

Pavón-Cuellar, David (2014) "De Michel Pêcheux al Subcomandante Marcos: descripción de lo unívoco, interpretación de lo equivoco e insurrección contra lo inequívoco," *Décalages*: Vol. 1: Iss. 4.

This Pêcheux Dossier is brought to you for free and open access by OxyScholar. It has been accepted for inclusion in *Décalages* by an authorized editor of OxyScholar. For more information, please contact cdla@oxy.edu.

De Michel Pêcheux al Subcomandante Marcos: descripción de lo unívoco, interpretación de lo equívoco e insurrección contra lo inequívoco

David Pavón-Cuéllar

Introducción

Partiremos del punto al que llega Michel Pêcheux, hacia el final de su recorrido, cuando restringe la descripción de las estructuras discursivas unívocas y reconoce la necesaria interpretación de un equívoco al que estarían condenados todos los discursos. Situaremos este reconocimiento en el contexto de un momento posmoderno que nos representaremos precisamente como triunfo de lo equívoco interpretable sobre lo unívoco descriptible. Explicando así la capitulación de las ambiciones descriptivas estructuralistas de Pêcheux y de sus contemporáneos, intentaremos ahondar y completar nuestra explicación al conjeturar una ruina posmoderna y neoliberal del metalenguaje: ruina que vincularemos con la expansión del pensamiento único, la crisis política e intelectual del marxismo, la victoria de los socialistas correlativa de la derrota de los comunistas en Francia, y el futuro derrumbe del Muro de Berlín y de la Unión Soviética.

Después de analizar la dominación del equívoco a la que se enfrenta Pêcheux en los años ochenta, pasaremos a los noventa y nos ocuparemos del retorno histórico de lo inequívoco, deteniéndonos en sus diversas escenificaciones a través de acciones colectivas en todo el mundo. Nos interesaremos particularmente en la manera en que estas movilizaciones han denunciado un equívoco fundamental del sistema capitalista, el de ganar sin ganar, cuya consideración habrá de servirnos para problematizar la aproximación analítica de Pêcheux al “ganamos” que resuena en Francia con las victorias socialistas de Mitterrand en 1981 y Hollande en 2012. Plantearemos la hipótesis de que el equívoco inherente al “ganamos”, además de corresponder a la esencia del capitalismo y a la ruina posmoderna y neoliberal del metalenguaje en los años ochenta, puede explicarse también, tanto en las elecciones francesas de 1981 como en las de 2012, por el triunfo del centro equívoco sobre los extremos inequívocos del espectro partidista. La aceptación de esta distribución política hipotética de lo inequívoco descriptible y lo equívoco interpretable hará que

repudiamos el centro y reivindicamos un posicionamiento de nuestro análisis, como análisis crítico de discurso, en los extremos del espectro derecha-izquierda, como única vía para no renunciar a las aspiraciones descriptivas del estructuralismo.

Nuestro posicionamiento en la izquierda extrema, comunista y revolucionaria, no restablecerá la descripción mediante una ingenua y anacrónica rehabilitación del metalenguaje, lo que significaría dar un paso atrás y no extraer ninguna lección útil ni del capitalismo globalizado ni de la ideología posmoderna y neoliberal. Sin renegar de la herencia de nuestros enemigos, aceptaremos la inexistencia del metalenguaje y la emplearemos para justificar nuestro posicionamiento, como analistas críticos de discurso, en un universo de lenguaje del que no podremos escapar hacia ninguna supuesta neutralidad, en el que no podremos no posicionarnos y en el que tampoco podremos distinguir a los analistas de los emisores de discurso. Confirmaremos esta indistinción al dilucidar un método crítico de análisis de discurso en la propia trama discursiva de mensajes emitidos por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Veremos cómo el análisis crítico zapatista posibilita el retorno de lo inequívoco mediante la interpretación de los equívocos detectados en el discurso gubernamental. Esto nos conducirá finalmente a replantear la relación entre la descripción de lo unívoco y la interpretación de lo equívoco. Más allá de la contradicción entre ambos polos analíticos, descubriremos cómo el EZLN, en su análisis de discurso, debe trascender la simple descripción acrítica de lo aparentemente unívoco y recurrir a una interpretación crítica del equívoco para ir más allá del nivel de lo enunciado y permitir así una insurrección contra lo inequívoco en el nivel enunciativo. Esta insurrección convertirá el análisis en un acontecimiento y así nos hará penetrar a nosotros, los analistas, en el ámbito de lo real y del otro, de la responsabilidad colectiva y militante, al que se refiere Pêcheux en sus últimas palabras.

Descripción de lo unívoco e interpretación de lo equívoco

Pocos meses antes de morir, Pêcheux (1983a) se representa el acontecimiento como un suceso “atravesado” por dos órdenes de configuraciones discursivas: por un lado, “proposiciones de apariencia lógicamente estable, susceptibles de respuesta unívoca”; por otro lado, “formulaciones irremediabilmente equívocas” (p. 111).

La diferencia entre las dos configuraciones es más compleja y menos tajante de lo que parece a primera vista. No se trata de una simple distinción entre lo unívoco y lo equívoco, sino de una diferenciación bastante problemática entre lo irremediabilmente equívoco y lo que aparentemente es tal que puede remitir a lo unívoco.

Es como si lo unívoco se viera confinado a la dudosa referencia o la superficial apariencia de un discurso condenado al equívoco. No habría entonces nada verdaderamente inequívoco en el ámbito discursivo. Esto es confirmado por el mismo Pêcheux (1983a) cuando nos explica, de modo tan contundente como insistente, que “toda descripción” está “intrínsecamente expuesta al equívoco de la lengua”, que “todo enunciado” es “intrínsecamente susceptible de convertirse en otro que él mismo”, que “toda secuencia de enunciados” comporta “puntos de desviación posibles que brindan un lugar a la interpretación” (pp. 117-118).

Uno esperaría que sólo se necesitara de una interpretación ante aquellos discursos ambiguos, turbios o imprecisos, que no puedan ser elucidados mediante una simple descripción de lo que dicen. ¿Pero cómo no reconocer, con Pêcheux, que todos los discursos, incluso los más claros y estrictamente descriptivos, están expuestos al equívoco y por ende también a interpretarse de maneras diferentes? ¿Cómo no tener que zanjar entre las posibles interpretaciones?

¿Cómo no decidirnos por lo que el discurso habrá descrito cuando lo entendamos de cierto modo y no de otro? ¿Cómo no interpretarlo al descubrir lo que nos describe y al describir lo que nos descubre? Quizá todo esto sea obvio cuando lo pensamos hoy en día. Lo extraño es que lo pensemos precisamente bajo la inspiración de alguien como Pêcheux, quien tanto se esforzó, al confeccionar sus primeras elaboraciones teórico-metodológicas del análisis de discurso, en sistematizar lo descriptivo y depurarlo de lo interpretativo.

Al final de su recorrido, hacia 1980, Pêcheux debe resignarse a la inevitable polución y proliferación de posibles interpretaciones en el seno mismo de cualquier análisis descriptivo. La descripción, de pronto, ya no puede bastarse a sí misma, sino que necesita de la interpretación para efectuarse al describir cualquier discurso. Pero es la propia constelación discursiva de aquellos tiempos la que parece haber empezado a demandar una interpretación, exigiéndola como complemento imperioso y no sólo como suplemento accesorio de su descripción. Es el discurso, en efecto, el que requiere ser interpretado,

a partir de los setenta, al perder el carácter inequívoco por el que se caracterizaba en años anteriores y que aún justificaba el análisis automático de discurso de Pêcheux (1969).

La Francia de los equívocos y de las interpretaciones

En la historia del contexto político e intelectual en el que trabaja Pêcheux, quizá bajo el efecto de la resaca de Mayo del 68, vemos aparecer una contradicción diametral entre los discursos hegemónicos en los sesenta y los que tienden a dominar ya desde principios de los setenta. Unos cuantos años bastan para que ocurra una transición profunda, polifacética y compleja, que aquí sólo podemos esbozar de manera esquemática y simplista. Se trata de una transmutación ideológica de la que aún somos herederos y que podría bastar para explicar el advenimiento de la necesidad de la interpretación en la descripción.

Empecemos por decir que el trabajo interpretativo se vuelve cada vez menos accesorio, cada vez más necesario, a medida que transcurren los setenta y lo inequívoco pierde terreno ante lo equívoco, las ambigüedades triunfan sobre las ideas claras y distintas, importantes enunciados categóricos y contundentes caen en la vaguedad y en una duda nada cartesiana, la totalidad se pulveriza y se torna pluralidad, la mismidad cede su lugar a la alteridad. Caemos poco a poco en la “primacía teórica” del “otro sobre el mismo”, la “crisis de la noción de máquina discursiva”, la “sucesión de las interpretaciones”, la “desestabilización de las garantías socio-históricas que pretendían asegurar a priori la pertinencia teórica y procedural de una construcción empírica” (Pêcheux, 1983b, pp. 299-300). Llegamos así al tiempo de la indistinción entre signos y referentes en Baudrillard (1972), la diseminación generativa de los efectos semánticos en Derrida (1972), la derivación acrítica, deseante, flotante y proliferante de Lyotard (1973), y la organización rizomática sin fundamento ni estructura jerárquica en Deleuze y Guattari (1972, 1980).

Las estructuras aparecen desestructuradas, las jerarquías aplanadas, los fundamentos socavados, las reglas quebrantadas. La casualidad triunfa sobre la necesidad, lo enigmático sobre lo axiomático, lo interpretable sobre lo descriptible. Es el tiempo en que los grandes sistemas se erosionan y contaminan, los ámbitos discursivos se entremezclan y compenetran, las posiciones se desdibujan.

Mientras avanzamos en la década de los setenta, la despreocupada retórica posmoderna desaloja poco a poco el rigor estructuralista, pero también la tensión crítica post-estructuralista, la tenacidad subversiva y la desesperada nostalgia de la modernidad. El “discurso revolucionario sobre-acumulado” se traduce en el “agotamiento del impulso interno de este discurso” (Pêcheux, 1982, p. 65). Llega el turno de la “expresión vacía” y la “fantasmagoría espectral” que hace que las masas se vuelvan “invisibles” e “irrepresentables” para sí mismas (pp. 66-67).

Los argumentos radicales, comprometidos y militantes, dejan de tomarse en serio. Es la gran victoria del centro equívoco sobre los extremos unívocos e inequívocos. En el ámbito político, tras la guerra franca entre gaullismo y comunismo, llegamos a la moderación y confusión de las izquierdas en el Programa Común de 1972, luego el gobierno centrista de Giscard D’Estaing en 1974, y finalmente, dos años después, en 1976, el inicio de la supremacía del borroso Partido Socialista sobre un Partido Comunista que tiende también a difuminarse, a perder precisión y definición, al moderar su discurso y renunciar a cualquier alusión al marxismo-leninismo y a la dictadura del proletariado.

Lo políticamente correcto se impone mientras lo político es derrotado por la política institucional y por lo psicológico social, familiar y personal. Vemos entonces cómo lo privado coloniza lo público. El polo de lo evidente y convincente se desplaza desde las demostraciones hacia las impresiones, desde el cuestionamiento hacia la aceptación del sentido común, desde las supuestas razones objetivas hacia los pretendidos motivos subjetivos, desde la mayor elaboración formal hacia los más obvios datos de la experiencia. El propio Marx, degradado a la condición de amable filósofo, termina banalizado en el reconfortante subjetivismo tan bien comprendido por Michel Henry (1976). La comprensión del sujeto vuelve a triunfar sobre la explicación de la realidad. La inequívoca descripción impersonal, como base de cualquier explicación, puede ceder nuevamente su lugar a la equívoca interpretación personal, requisito de la comprensión.

El metalenguaje y su ruina posmoderna y neoliberal

Diez años después de que Pêcheux propusiera su análisis automático de discurso, la crisis continúa estabilizándose, volviéndose crónica y cobrando conciencia y consistencia, lo que le permite, por ejemplo,

justificarse a sí misma como crisis de los grandes meta-relatos que imponían su opción interpretativa como el único testimonio descriptivo correcto en diversos ámbitos discursivos (Lyotard, 1979). La crisis posmoderna corresponde también a ese momento de verdad en que se revela que la única descripción adecuada, lejos de corresponder a un “suspense de la interpretación”, manifiesta una “sobre-interpretación estructural” que se presenta falsamente como la descripción al “aplicar ‘lo teórico’ como una suerte de meta-lengua” (Pêcheux, 1983a, p. 113). Para la generación que ya se ha rendido a la evidencia lacaniana de que “no hay metalenguaje” (Lacan, 1960, p. 293), la descripción estructural se delata retrospectivamente como una simple “denegación” de “su propia posición de interpretación” (Pêcheux, 1983a, p. 114).

Ya no hay entonces más que interpretaciones admitidas o denegadas. El universo entero se reduce a un lenguaje interpretativo, pensamiento único posmoderno, que no puede llegar a describirse desde un exterior inexistente, pero que se interpreta y reinterpreta indefinidamente en su propio interior. La semántica lo engloba todo, aun cuando al principio, al menos para Pêcheux y Fuchs (1975), aún subsiste la esperanza de reabsorber las interpretaciones de “las informaciones’ semánticas” en la descripción del “análisis morfo-sintáctico” (pp. 79-80). Esta esperanza del estructuralismo se aferra precisamente a la verdad posmoderna de la ausencia de metalenguaje.

Podemos decir que la verdad posmoderna realiza el sueño estructuralista. Pero en lugar de una estricta reducción de las interpretaciones a la única descripción estructural del lenguaje sin metalenguaje, habrá la decepcionante disipación de esta descripción en la proliferación de interpretaciones intercambiables en el mismo lenguaje sin metalenguaje. De pronto la descripción, como la marxista, cae en desgracia y ya no es más que una posible interpretación entre otras más, tan parcial como ellas, y consecuentemente, al igual que las demás, incapaz de bastarse a sí misma, lo que justifica esas deprimentes alianzas entre interpretaciones incompatibles entre sí, que no pueden entenderse ni soportarse unas a otras, pero que deben unirse para poder sobrevivir unidas en esa miseria posmoderna tan rica en equívocos, imprecisiones y confusiones. Es entonces cuando el mundo intelectual francés, dejándose dilapidar en su espiral interpretativa, empieza a derrumbarse vertiginosamente, cayendo en esa larga

bancarrota de la que no ha salido todavía, y que lo obliga, desde un principio, a endeudarse y comprometerse con la tradición rival de un pensamiento anglosajón ya incipientemente globalizado. Todo esto posibilita el avance de la globalización intelectual, marca una victoria decisiva en la marcha triunfal del Pensamiento Único y se nos presenta retrospectivamente como prefiguración ideológica del futuro derrumbe del Muro de Berlín y del proyecto soviético.

El derrumbe político-social comunista de finales de los ochenta es también una consumación y continuación de la ruina intelectual estructuralista de finales de los setenta. Ambos acontecimientos están estrechamente ligados entre sí. No es únicamente que cierto marxismo sea vencido en los descabros del estructuralismo althusseriano y del comunismo real marxista-leninista. Lo importante es la derrota que se infligió a Marx en ambos casos, ya que Marx, además de fundar el comunismo real, fue también “el primer estructuralista”, como bien lo advirtió Lacan (1968-1969, pp. 16-17). Y si el estructuralismo empieza por Marx, lógicamente continúa con la práctica política y la teoría de lenguaje de Stalin, cuyo “buen sentido” (Lacan, 1966, p. 208) hará que Gadet y Pêcheux (1981) lo consideren “adepto del estructuralismo postsaussureano” (p. 106).

¡Pero no había que ser Stalin para ser marxista! Bastaba con ser estructuralista. El estructuralismo, ciencia de lo real, fue tan marxista como el comunismo real derivado del socialismo científico. La herencia de Marx fue tan lastimada en Rusia como en Francia. El bastión francés cae antes que el soviético, pero el atacante es el mismo. Hay algo que se expresa lo mismo en el rizoma que en la perestroika, lo mismo en la diseminación derridiana que en la disolución de la Unión Soviética, lo mismo en la absolutización de los signos que en la globalización de las mercancías, lo mismo en la posmodernidad que en el neoliberalismo. Digamos que la democracia neoliberal, postmarxista y posmoderna, triunfa en la filosofía y en la política. El capitalismo salvaje moscovita concreta cierto salvajismo académico parisino. Uno y otro manifiestan un mismo lenguaje liberal y democrático, una misma refutación del metalenguaje alternativo, de la sobre-interpretación estructural marxista, de la descripción que termina vendiéndose como una interpretación más, la más barata de todas, en el mercado mundial del saber.

De la derrota del marxismo a la victoria de Mitterrand

Todo reviste finalmente la forma de una enorme deuda contraída con el gran Otro. Se le debe su existencia globalizada que excluye cualquier Otro del Otro. Hay que solventar su grandeza y su evidencia irrefutable. Naturalmente hay que pagarlo al comprarlo. Años antes de que las mercancías y franquicias invadieran el antiguo baluarte soviético, las más diversas ideas y perspectivas habían penetrado en la vieja fortaleza intelectual francesa y habían tenido costos exorbitantes en varios ámbitos del saber. En el caso de la lingüística, el formalismo estructuralista resulta particularmente insolvente y termina hipotecado ante la pragmática, las teorías de la enunciación y de la comunicación, los juegos de lenguaje de Wittgenstein y la perversa recuperación de Bajtín.

A través de su incidencia en la lingüística, la crisis afectó irremediablemente la tradición francesa de análisis de discurso. Los análisis pretendidamente sólo descriptivos debieron admitir su aspecto interpretativo, abriéndose al “equívoco de la lengua” (Pêcheux, 1983a, pp. 117-118). Tal encuentro permitió revalorizar así el elemento equívoco por excelencia, el que estalló en 1968, esto es, la palabra [parole] de la que se deslindaba el “discurso sin palabra” [discours sans parole] en su monopolio estructuralista de lo inequívoco de la lengua (Lacan, 1968-1969, pp. 11-15).

Por una significativa paradoja, el encuentro con la palabra se impuso en la esfera del análisis de discurso. Esta esfera, en realidad, no podía evitar la palabra, pues no estaba aislada ni podía ya pretender estarlo al hacerse pasar por un metalenguaje analítico totalmente neutro y puramente descriptivo. Es por eso que ahora, cuando releemos los textos analíticos de la tradición francesa de análisis de discurso, tampoco deberíamos aislarlos, extrayéndolos artificialmente de su contexto histórico discursivo.

El contexto engloba su propio análisis, y si la crisis tuvo efectos entre los analistas de discurso, fue porque también los tuvo entre los demás emisores de discurso. Unos y otros, como después los actores y pensadores de la glasnost soviética, debieron abrirse a la implacable incertidumbre neoliberal y posmoderna del mercado y de la palabra. De hecho, en el contexto francés de principios de los ochenta, unos y otros llegaron a coincidir en configuraciones discursivas tan equívocas, vagas y ambiguas, como la que Pêcheux (1983a) analiza poco antes de morir, la del enunciado “ganamos” [on a gagné] que se corea festivamente, en mayo 1981, cuando se conoce la victoria del socialista François Mitterrand en las elecciones presidenciales.

Es verdad que Mitterrand ganó las elecciones de 1981 como se gana una competencia en el mercado, una posición en un ranking, un concurso de belleza o un partido de fútbol. Y ciertamente, si ganó, fue por sus votantes, los cuales, como un equipo de futbolistas, ganaron contra el equipo de quienes votaron por su contrincante Giscard d'Estaing en la segunda vuelta. Desde este punto de vista mercantil y democrático burgués, neoliberal y globalizado, que ya era entonces el de los medios de comunicación, los “resultados electorales presentan la misma univocidad lógica” de los resultados de las competiciones deportivas (Pêcheux, 1983a, p. 107). Sin embargo, como bien lo señala Pêcheux, “el enunciado ‘ganamos’ es profundamente opaco”, ya que “el pronombre ‘nosotros’ generalizado” y “la ausencia de complementos” del verbo sumen lo que se dice en una intrincada “red de relaciones asociativas implícitas” que “funcionan en diferentes registros discursivos y con una estabilidad lógica variable” (p. 108). Por un lado, no se dice exactamente quién ganó: “¿se trata de ‘nosotros’ los militantes de izquierda? ¿O del ‘pueblo de Francia’? ¿O de aquellos que siempre han apoyado la perspectiva del Programa Común?” (pp. 108-109). Por otro lado, tampoco se especifica lo que se ganó, lo cual, en el contexto de la época, podía corresponder a diferentes complementos: “el partido, la partida, la primera jugada (antes de las elecciones legislativas)”, así como “terreno sobre el adversario” de la derecha, “el lugar desde donde se gobierna Francia”, y también, por lo tanto, “el poder” (p. 110).

Ante la imprecisión del sujeto y del complemento, el enunciado “ganamos” de 1981 puede recibir las más diversas interpretaciones: la mayoría ganó sobre la minoría, el pueblo ganó al fin el poder, la izquierda ganó sólo una partida, los partidarios del centrista Programa Común ganaron terreno sobre quienes los flanqueaban a la izquierda y a la derecha. Esta última interpretación, cuya exactitud se ha confirmado con el tiempo, entiende el “ganamos” como la expresión de la victoria del rojo pálido sobre el rojo intenso, del socialismo sobre el comunismo, del centro clasemediero y progresista sobre los suburbios [les faubourgs] populares y revolucionarios. En el mismo sentido y también de modo retrospectivo, a la luz del privatizador y liberalizador giro del rigor [tournant de la rigueur] de 1983, el “ganamos” resuena como todo lo contrario de lo que podría pensarse: como augurio de la caída de la cortina de hierro, como eco de la estrepitosa destrucción de los grandes sistemas y como celebración por el triunfo de los ochenta sobre los sesenta, de lo

tenebrosamente indistinto sobre lo claro y distinto, del oscurantismo sobre el cartesianismo, del Pensamiento Único sobre la Excepción Francesa, del consenso global sobre el derecho al disenso, de la cantidad numérica sobre la calidad argumentativa, de lo mediático sobre lo reflexivo, del fútbol electoral sobre la verdadera política, del simulacro posmoderno sobre la realidad hipermoderna, de lo hiperreal sobre lo real, de la habilidad sobre la convicción, de lo equívoco sobre lo inequívoco, de lo interpretable sobre lo descriptible.

El retorno de lo inequívoco

Ahora sabemos que lo interpretable no triunfó definitivamente sobre lo descriptible. Digamos que lo inequívoco no se fue para nunca volver. Ni siquiera nos parece actualmente que lo inequívoco se fuera de verdad y que hubiera cedido su lugar a lo equívoco. La posmodernidad cobra hoy el aspecto de un breve simulacro tan consciente de sí mismo, tan ensimismado en su autoconciencia, que terminó creyendo en su propia simulación.

Por un momento, en las alturas intelectuales y sólo entre nosotros, creímos que lo equívoco era lo único real. Pero la bruma posmoderna se disipó casi tan pronto como invadió nuestro mundo moderno e hipermoderno. El aspecto inequívoco de lo real, que nunca dejó de estar ahí, fue adivinándose brutalmente a través de contornos indiscutibles. Quizá los indicios más expresivos y elocuentes hayan sido los encarnados, animados y enarbolados en acciones colectivas como la insurrección popular y parlamentaria contra Yeltsin en 1993, la revuelta zapatista en Chiapas en 1994, la batalla de Seattle en 1999, los cacerolazos argentinos de 2001, las manifestaciones mundiales contra la invasión de Irak en 2003, los disturbios de 2005 en los suburbios franceses y el tumulto global de movilizaciones sociales tras la crisis económica de 2008, entre ellas Occupy Wall Street, los indignados, los estudiantes chilenos y canadienses, el YoSoy132 mexicano, las protestas en Grecia y Turquía, entre muchas otras.

Las mencionadas acciones colectivas han sido contra el capitalismo y contra su despotismo, pero también contra su mistificación constitutiva y su resultante apariiencia próspera y democrática, liberal y neoliberal, civilizatoria y globalizada, justiciera y defensora de los derechos humanos. La insurrección mundial ha sido así contra el gigantesco equívoco ideológico del capitalismo que defiende los mismos derechos que viola, confunde la justicia con la justificación del más fuerte, globaliza la exclusión, reduce la civilización a un gran

mercado mundial, somete a los trabajadores para liberar las mercancías, defiende una democracia plutocrática de banqueros y especuladores, vuelve más prósperos a los prósperos, y a los demás, a la inmensa mayoría, los hunde en la miseria o les presta migajas de prosperidad a crédito y con elevadas tasas de interés.

La ganancia capitalista

El equívoco del capitalismo puede resumirse a través de fórmulas binarias elementales como las siguientes: prosperidad sin prosperidad, democracia sin democracia, libertad sin libertad, civilización sin civilización, justicia sin justicia y derechos sin derechos. Estas fórmulas pueden simplificarse aún más en la expresión mínima formal ganar sin ganar. El contenido material o complemento de la expresión, lo que se gana, puede ser la prosperidad, la democracia, la libertad o cualquier otro de los productos políticos ofrecidos por el capitalismo. Al entrar al cálculo capitalista, estos productos no se ganan sin perderse. Por un lado, alguien los pierde para que alguien más los gane; por ejemplo, septentrionales y occidentales ganan su democracia y prosperidad a expensas de la prosperidad y democracia de meridionales, orientales y medio-orientales. Por otro lado, en un nivel más básico, todos perdemos para que el capitalismo pueda ganar: el mercado gana las libertades perdidas por los sujetos, las mercancías usurpan derechos universales del hombre como el de libre circulación, los grandes capitales obtienen la justicia que les es negada a los trabajadores, el capitalismo nos roba toda nuestra civilización, la privatiza, la convierte en su propiedad privada, vendible y lucrativa.

Sabemos que el capitalismo tiende a hurtar, acaparar y rentabilizar todo, incluso aquello que lo contradice. Innumerables manifestaciones políticas anticapitalistas han terminado por ser producidas en serie en la industria cultural capitalista. Y así como la figura del Che Guevara puede estamparse en camisetas, venderse en centros comerciales y aportar ganancias millonarias, así también aquellos proyectos por los que el Che luchaba, el comunista y el socialista, pueden ser explotados en la democracia burguesa liberal para ganar votos, posiciones de poder y ocasiones de enriquecimiento. El socialismo y el comunismo empiezan a operar entonces triunfalmente como cualquier producto negociable, se ven revestidos por el equívoco inherente al capitalismo y su victoria se

vuelve una costosa ganancia como todas las demás que encontramos en el mercado.

Reducidos a mercancías políticas, el comunismo y el socialismo ganan al perder, pero también se ganan al perderse, ya que unos los ganan porque otros los pierden, además de que el sistema los gana mientras la sociedad los pierde. Tal equívoco parece resonar en el “ganamos” de 1981, y especialmente a través de su eco en 1983, cuando Pêcheux lo evoca en su última reflexión mientras que Jacques Delors, al empezar la reconducción de una economía demasiado socialista como para ser capitalista, planifica la pérdida sistemática de todo lo ganado en los dos primeros años del mandato de Mitterrand. Esta planificación, que permite restablecer el equilibrio del equívoco en la balanza capitalista, desembocará en una nueva desregulación de los mercados, en la privatización de lo que había sido nacionalizado y en el pusilánime desistimiento del programa socialista de grandes obras y crecimiento por el aumento del consumo. El socialismo se vuelve liberal, anti-socialista, y el tiempo aclara lo que se ganó en 1981: la pérdida irreversible de un socialismo que será degradado, prostituido, mercantilizado, al ceder a la presión del capitalismo globalizado.

El equívoco socialista francés en 1981 y en 2012

El Partido Socialista no ganó en 1981 sino para perder la confianza de sus electores. Éstos, por su parte, no tardaron en caer en la cuenta de todo lo que habían perdido al ganar, incluyendo la ilusión de que podían ser ellos quienes ganaran, la esperanza de que todo pudiera ser diferente de lo que había sido hasta entonces, la perspectiva de lo que habrían podido ganar si hubieran ganado sin perder una vez más. No obstante, al cabo de tres décadas, por desmemoria o para evitar que lo peor se mantuviera en el poder, los mismos electores volvieron a perder al ganar con la encarnación misma del equívoco, el socialista François Hollande, borroso y apagado, indeciso y ambiguo.

El equívoco de 1981 parece acentuarse en el resultado electoral de 2012. La vaguedad es aún mayor. La “presidencia normal” de Hollande –como él mismo la proyectó– no es más que la sombra de la ya sombría “fuerza tranquila” que ofrecía Mitterrand (cf. Augias, 2012). Si el socialismo de los ochenta no estuvo exento de farsa, el de ahora, cuando la historia se repite, aparece como la farsa de la farsa. El aspecto grisáceo del nuevo presidente no alcanza ni siquiera la deslucida tonalidad rojiza de su predecesor. No subsiste ninguna

reminiscencia de la voluntad y determinación de Mitterrand. El mandato socialista de Hollande se resigna relajadamente al equívoco; es capitalista liberal desde un principio, lo es con buena conciencia, con cínica inocencia, y no intenta ni dejar de serlo ni simular ser algo diferente. No hay en él nada que nos haga pensar en ese brusco y efímero ímpetu socialista de 1981 que llevó a nacionalizar decenas de empresas, crear miles de empleos públicos y aumentar los apoyos sociales y los salarios mínimos.

Cuando recordamos el estrepitoso triunfo de Mitterrand y la importancia de sus reformas iniciales, nos sentimos tentados a decir que en 2012 no pasó nada. No hubo un acontecimiento como el de 1981, el cual, desafiando su contexto estructural, había sido atinadamente escogido por Michel Pêcheux (1983a) para ilustrar el “hundimiento del estructuralismo político francés” (p. 114). La estructura fue considerada insuficiente para explicar el acontecimiento de 1981, mientras que los sucesos de 2012 aparecieron como un resultado natural, tan previsible como decepcionante, de un contexto estructural profundamente perturbado por la crisis económica mundial. Esto fue perspicazmente señalado por el socialista Lionel Jospin cuando comentó, al conocer el triunfo de Hollande y compararlo con el de Mitterrand, que la elección de 2012 había sido “más normal” que la de 1981, pero que “se producía en una situación más excepcional que la de 1981” (AFP, 2012).

En la elección de Mitterrand, la excepcionalidad o anormalidad radicaba en el acontecimiento y no en la estructura de la situación, mientras que ahora, en la elección de Hollande, parece residir en la estructura y no en algo que tal vez ni siquiera merezca ser visto como un acontecimiento. El supuesto valor acontecimental de la elección de 2012 se manifiesta ciertamente en su aspecto equívoco, más interpretable que descriptible, pero no corresponde a su normalidad, previsibilidad, banalidad y falta de efectividad histórica. El polo de la efectividad, la singularidad, la imprevisibilidad y la anormalidad no está en la victoria de Hollande, sino en su contexto histórico global, mundial y no sólo francés o europeo.

En la coyuntura de 2012, los rasgos propios del acontecimiento se detectan más en la estructura de la situación que en lo acontecido en ella. La distinción tradicional entre la estructura y el acontecimiento se ve así profundamente alterada y no puede ser pensada en función de las coordenadas políticas, teóricas y epistemológicas dominantes durante la transición del estructuralismo a la posmodernidad. Por

ejemplo, más que sentirse reconfortado por encontrar un efecto de la estructura en la elección de Hollande, un estructuralista debería preocuparse al constatar el aspecto equívoco del efecto y al considerar que obedece a una estructura situacional desestructurada, anormal, excepcional, en la que se corrobora de manera palmaria el adagio althusseriano de que “la excepción es la regla misma” (Althusser, 1965, pp. 103-104).

Tal vez haya un aspecto excepcional en cualquier victoria de los socialistas en Francia, pero lo excepcional, en 2012, aparece como algo normalizado y trivial, trivializado y reglamentario, en un juego que se reconfigura totalmente a cada momento. Esta permanente reconfiguración es también, al menos en cierto sentido, un rasgo definitorio de la supuesta posmodernidad, o, mejor dicho, de la hipermodernidad capitalista liberal entendida como exacerbación del funcionamiento propio del capitalismo con su “revolución continua”, su “inquietud y movimiento constante”, su “incesante conmoción en todas las condiciones sociales” (Marx y Engels, 1848, p. 30). En este juego siempre cambiante, ¿cómo distinguir la estructura y el acontecimiento? ¿Cómo afirmar la cresta de lo acontecimental en el oleaje de lo estructural? ¿Y cómo negar el acontecimiento al ser estructuralista y enfatizar así la misma estructura en la que se despliega lo acontecimental? ¿Cómo intentar describir exhaustivamente lo que ocurre sin tener que resignarse a interpretarlo? ¿Cómo creer todavía que se puede saber algo con certeza?

¿Cómo tener la certeza de saber exactamente lo que pasa en el juego de la historia hipermoderna? ¿Cómo saber quién gana, lo que gana y si verdaderamente gana? ¿Cómo saber al menos, como se creía saber todavía en 1981, que se trata de un juego en el que “se gana”? Es verdad que el 6 de mayo 2012, al conocerse el triunfo de Hollande, centenares de jóvenes socialistas salen cándidamente a la calle y corean de nuevo el “ganamos” [on a gagné] de 1981. Pero no subsiste ni la certidumbre ni el entusiasmo del pasado, y esta vez, de modo aún más evidente que treinta años antes, nadie sabe ni lo que se ha ganado ni quién lo ha ganado.

Tal vez debamos concluir nuevamente que el equívoco posmoderno, el espíritu ochentero, fue lo que ganó en 2012, y que ganó de un modo aún más contundente y arrollador que en 1981. Quizá esto sea verdad, pero no en la estructura de la situación global, sino sólo en uno de sus efectos puntuales. Y desde luego que hay más efectos como éste, pero

no son los únicos y tienen una localización estructural precisa y reveladora. Como lo veremos a continuación, la posmodernidad sólo puede continuar ganando una y otra vez en el centro borroso del espectro político, en el núcleo ideológico del sistema, en el meollo líquido e inestable del Pensamiento Único, en el vórtice capitalista en el que todo se desdibuja, se contradice a sí mismo, gira sobre su propio eje, cambia sin cambiar y se mueve sin moverse.

Lo inequívoco en los extremos

Con el triunfo de Hollande, como acabamos de reconocerlo, el socialismo se desdibuja más que nunca antes en la política francesa. No obstante, como también lo hemos sugerido, esto no es todo lo que ocurre en 2012. Mientras la izquierda moderada se instala en el centro del equívoco, hay un marcado proceso de polarización que viene a confirmar, a nuestro juicio, el retorno histórico global de lo inequívoco. Por desgracia, en el contexto francés, este retorno se ha puesto de manifiesto principalmente en la radicalización xenófoba y nacionalista de los discursos de la derecha gaullista, así como en los exitosos resultados electorales de la extrema derecha del Frente Nacional [Front National], aunque también han sorprendido, en el extremo opuesto, la indiscutible radicalidad y la creciente fuerza política electoral del Frente de Izquierda [Front de Gauche].

Al situarnos en una perspectiva histórica y al comparar las elecciones francesas de 2012 con las de años anteriores, nos percatamos de que los polos radicales del espectro político francés, los representados por la derechista Marine Le Pen y por el izquierdista Jean-Luc Mélenchon, se fortalecieron a costa de los partidos centristas de Hollande y de Sarkozy. El centro socialista y gaullista perdió terreno, por un lado, contra la izquierda consecuente que rebasó la barrera del 10% de los votos, y, por otro lado, contra la extrema derecha que alcanzó el escalofriante récord histórico de 18% de los sufragios. En cierto sentido, los extremos inequívocos ganaron sobre el centro equívoco, lo que no significa, desde luego, que el equívoco desapareciera en los extremos.

No hay radicalidad que permita conjurar totalmente la ambigüedad. El equívoco no puede ser evitado ni siquiera en los discursos más transparentes, simplificadores, tautológicos, tajantes o unilaterales. Pensemos, por ejemplo, en la desvergonzada campaña de Marine Le Pen y en su mezcla demagógica de nacionalismo anticapitalista y capitalismo pretendidamente popular (Le Pen, 2012). El equívoco

subsiste aquí en un extremo además de seguir dominando en el centro. Pero esto no excluye, desde luego, que el equívoco se debilite con el debilitamiento del centro, que se evite generalmente más en los extremos que en el centro, y que tenga dificultades cada vez mayores, tanto en el centro como en los extremos, para convencernos de la inexistencia de lo inequívoco.

Más allá del ejemplo francés, lo importante es reconocer que la relación entre lo equívoco y lo inequívoco no es ni fija ni fortuita, ni totalmente invariable ni aleatoriamente variable, ya que su variabilidad obedece, al menos en parte, a su localización en las coordenadas cronológicas y topológicas del espacio lógico estructural de la política y de sus discursos. Estas coordenadas no pueden soslayarse a la hora de leer, discutir e invocar a Michel Pêcheux. Siguiendo el camino que él mismo ha despejado, sus conceptos deben ser historizados y contextualizados tanto al ser empleados en un análisis de discurso como al ser considerados en la reflexión teórico-metodológica sobre el análisis.

Debemos tener presente, al analizar cualquier discurso, que hay una historia y una geografía de la contradicción discursiva entre lo unívoco descriptible y lo equívoco interpretable, así como hay también dimensiones políticas temporales y espaciales que determinan la relación entre la estructura y el acontecimiento. Y a falta de metalenguaje, nuestro análisis de discurso también estará situado en las mismas dimensiones políticas determinantes, en la misma historia y geografía de la contradicción, y será por esto que no podremos resistirnos a favorecer alguno de los polos en los ejes unívoco-equívoco, descriptible-interpretable, estructural-acontecimental. Es por lo mismo que no hay manera de evitar un posicionamiento abierto o encubierto ante lo analizado, por ejemplo al denunciar y rebatir, desde el punto de vista de los extremos, las incoherencias y paradojas en los discursos equívocos del centro, o bien, desde la óptica del centro, las simplificaciones y esquematizaciones maniqueas en los discursos inequívocos de los extremos. En ambos casos, al realizar nuestro análisis crítico de discurso, haremos lo mismo que nunca deja de hacerse fuera del ámbito académico, en las luchas de los pueblos y en el campo de batalla sociopolítico, a saber, examinar y cuestionar los discursos emitidos en las trincheras enemigas o en las cimas del poder, señalando y denunciando sus redundancias o sus inconsistencias, sus confusiones o sus extravíos.

La interpretación crítica en la descripción inmanente

Es en la esfera de las movilizaciones sociales, de las organizaciones políticas e insurrecciones populares, en donde encontramos algunos de los más vigorosos y penetrantes análisis de discurso que se han realizado en las últimas décadas. Recordemos, por citar un caso bien conocido, el trabajo analítico realizado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) al cuestionar las declaraciones de funcionarios y representantes del Gobierno Mexicano. Los cuestionamientos zapatistas comportan a menudo elaboradas estrategias de análisis crítico de discurso en las que se retoman los argumentos gubernamentales, se examina minuciosamente su ocurrencia literal en cierta coyuntura contextual y se busca refutarlos a partir de su propia intervención y organización textual, dejando que ellos mismos sean los que se contradigan y se reduzcan al absurdo en sus propios términos, es decir, en los términos de su lenguaje y sin recurrir a ningún supuesto metalenguaje.

Coincidiendo con una tradición que se origina en Pêcheux y que se ramifica en el actual análisis lacaniano de discurso (Parker y Pavón-Cuéllar, 2013), el EZLN penetra en el ámbito discursivo y lo analiza críticamente desde su interior sin exterior. Es así como el EZLN recurre a un “método crítico” en el cual, según la afortunada expresión de Lacan (1956), el discurso es “juzgado por la medida de sus propios criterios” (p. 266). Este método concuerda con la “crítica inmanente” promovida por Althusser (1962, pp. 142-144) y adoptada por el mismo Pêcheux (1975) ante “lo impensado (exterior)” de lo althusserianamente concebido como una “ideología sin afuera” que “no es más que afuera” (pp. 163-166).

En el análisis del Otro sin Otro, el método zapatista, como lo ejemplificaremos en el siguiente apartado, se atiene a una descripción inmanente o estrictamente textual, pero por esto mismo, al involucrar al analista en la inmanencia de lo descrito, exige su posicionamiento en el discurso y así lo condena a la crítica y la interpretación. En efecto, al partir del principio lacaniano de la inexistencia de metalenguaje, aceptamos que ya estamos posicionados en el interior de una estructura que es la única y que debe aprehenderse entonces crítica-interpretativamente a sí misma, desde nuestra posición en ella, cuando nosotros la analizamos. Pêcheux (1975) tiene razón de insistir en que nuestra misma posición, aun como “toma de posición”, es aquí “efecto de la ‘exterioridad’ de lo real ideológico-discursivo en

tanto que ‘retorna sobre sí misma’ para atravesarse” (p. 157). Esto hace que nuestro análisis inmanente-descriptivo sea también irremediablemente el análisis crítico-interpretativo del Otro, de la estructura, de la exterioridad de lo real ideológico-discursivo. No puede ser de otra manera cuando nuestro análisis está necesariamente interesado, comprometido, implicado en esa estructura que se analiza de manera parcial desde nuestra particular posición estructural.

Podemos decir que el analista no puede salirse de la estructura de lenguaje para estudiarla desde un puesto científico de observación externa, desde un Otro del Otro que le permitiría verla desde fuera, objetivarla y describirla de un modo neutro, sin residuo interpretativo alguno, mediante un metalenguaje formalizado, refinado, transparente y exacto. Esta ilusión académica se desvanece cuando nos atrevemos a escuchar a los movimientos sociales y no sólo a nuestros maestros y colegas. Los movimientos, entre ellos el EZLN, tienen mucho que enseñarnos al respecto, ya que se encuentran lógicamente en una mejor posición que nosotros para comprender que estamos condenados a permanecer en la estructura, en un lenguaje sin metalenguaje, en una lucha sin escapatoria, en un campo de batalla entre actores sin espectadores en el que el análisis crítico se confunde con la acción militante.

El método zapatista de análisis crítico de discurso

Entre los primeros mensajes que atraen la atención de la sociedad sobre la palabra del EZLN, destaca precisamente uno emitido el 18 de enero 1994, menos de tres semanas después de la revuelta armada, en el que se analiza críticamente la expresión discursiva de la amnistía que el entonces presidente mexicano, Carlos Salinas de Gortari, había ofrecido a los rebeldes. En su análisis crítico del perdón presidencial, el Subcomandante Marcos (1994a) pregunta, intentando poner en evidencia el reverso invisible de la ambigua indulgencia de Salinas de Gortari: “¿De qué nos van a perdonar? ¿De no morirnos de hambre? ¿De no callarnos en nuestra miseria? ¿De no haber aceptado humildemente la gigantesca carga histórica de desprecio y abandono?”. Al interpretar la revuelta zapatista como una sublevación contra el abandono, el desprecio, la miseria y el hambre, el subcomandante Marcos la interpreta implícitamente como una revuelta que debería ser agradecida y no perdonada, celebrada y no lamentada. Esta opción interpretativa se opone diametralmente a la

de Salinas de Gortari, en la cual, a través del perdón, la revuelta se presenta retroactivamente como algo incorrecto, culpable o deplorable, que merece clemencia o severidad en lugar de admiración y reconocimiento.

En el discurso gubernamental, la revuelta zapatista es interpretada como algo que debe ser perdonado, es decir, como un crimen, un error o una debilidad. Éstas y otras implicaciones interpretativas de la amnistía, posibles complementos implícitos del “perdón”, son explicitadas en la interpretación del EZLN. La explicitación interpretativa permite desenmascarar al enemigo y enfrentarse a él en la lucha de las interpretaciones. Para posibilitar esta lucha, también se intenta exhibir, a través del mismo análisis crítico interpretativo, la sobreentendida representación racista de los indígenas en la interpretación gubernamental: “¿De qué nos van a perdonar? ¿De habernos preparado bien y a conciencia antes de iniciar? ¿De haber llevado fusiles al combate, en lugar de arcos y flechas?” (Subcomandante Marcos, 1994a).

Además del complemento de objeto directo, además de lo que se perdona, el análisis crítico zapatista plantea interpretaciones sobre el sujeto y el complemento de objeto indirecto de persona, sobre quien perdona y aquel a quien perdona, sobre quien otorga el perdón y quien lo pide y lo recibe: “¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo? ¿Los que, durante años y años, se sentaron ante una mesa llena y se saciaron mientras con nosotros se sentaba la muerte, tan cotidiana, tan nuestra que acabamos por dejar de tenerle miedo? ¿Los que nos llenaron las bolsas y el alma de declaraciones y promesas?” (Subcomandante Marcos, 1994a). El texto se refiere a ellos, a quienes hacen declaraciones y promesas, y no sólo al individuo Salinas de Gortari. Más allá de la simple identificación descriptiva del presidente como el funcionario que tiene derecho constitucional de otorgar el perdón, el análisis crítico zapatista emprende una elucidación interpretativa de aquello representado y personificado por Salinas. El presidente ya no es tan sólo el individuo, sino el portavoz y defensor de su clase, la de los ricos y poderosos, explotadores y opresores. Y ellos, individualizados en la siniestra figura presidencial, son culpables de todo y consecuentemente no están en condiciones de perdonar nada. Esta interpretación de la realidad permite impugnar el derecho puramente formal del presidente de otorgar el perdón, así como también conduce al Subcomandante Marcos a denunciar y enderezar la relación invertida

entre el culpable que perdona y los inocentes perdonados. Son ellos, los rebeldes, los que tienen derecho de negar o conferir el perdón. Es el presidente y aquellos a quienes representa, los culpables, quienes han usurpado ese derecho y quienes deberían pedirles perdón a los rebeldes.

Los zapatistas no pueden aceptar los términos mismos del perdón gubernamental. No están dispuestos a tolerar el enunciado y entonces deciden remontar interpretativamente a sus condiciones de enunciación. Al interpretar el “perdón”, lo socavan y refutan, desmintiendo lo que habrían podido limitarse a describir. Lo describible coincide así con lo criticable en el análisis crítico interpretativo del EZLN. ¿Qué mejor ejemplo de la necesidad de la interpretación en un análisis con aspiraciones críticas?

De la descripción acrítica del equívoco aparentemente unívoco a la interpretación crítica del engaño

Al bastarse a sí mismo y privarnos de la interpretación, el análisis descriptivo se vuelve también acrítico y no consigue desengañarnos de lo descrito en el discurso. El desengaño exige un trabajo crítico interpretativo que descubra el engaño al aclarar el equívoco fundamental por el que una mentira se hace pasar por la verdad. El engaño triunfa precisamente cuando no se descubre, es decir, cuando su verdad, la verdad de la enunciación, desaparece al realizarse a través de la mentira del enunciado. Esta realización, como consumación del engaño, es lo más que puede conseguirse a través de un análisis estrictamente descriptivo. Es el trabajo cotidiano de los periodistas mayoritarios, los informadores comunes, que transmiten lo que puede y debe difundirse a través de los medios masivos convencionales.

En el repertorio de noticias parafrásticas, a falta de un análisis crítico interpretativo, se nos impone la verdad enunciativa travestida en la mentira enunciada. Se nos vende la desinformación como información, el desprecio como un favor, la calumniosa inculpación como bondadoso perdón, el privilegio de clase como derecho constitucional, la manipulación como tolerancia e indulgencia, la injusticia como justicia, el neoliberalismo como libertad, la tiranía como democracia, la deuda como prosperidad, el capitalismo como socialismo, la pérdida como ganancia, lo equívoco mismo como algo unívoco. Las diversas versiones de tal equívoco aparentemente unívoco se encuentran en cualquiera de los enunciados producidos

por el sistema. Basta el esbozo de análisis interpretativo de una sola palabra, de una única partícula mínima como el “perdón” salinista de 1994 o el “ganamos” socialista de 1981, para poner en evidencia el engaño inherente a cualquiera de los materiales discursivos que nos rodean, incluso el aparentemente más elemental, axiomático, transparente y sincero.

El análisis crítico zapatista de 1994, lo mismo que el de Pêcheux de 1983, detecta el engañoso equívoco en su expresión mínima y básica, en lo enunciativo silenciado y expresado por lo enunciado, en la indefinición de lo que se enuncia, en su alcance y sus posibles implicaciones, tanto en el nivel del sujeto como en el del complemento del predicado. Pero la consideración de estas coincidencias entre el análisis de Pêcheux y el del Subcomandante Marcos no debe hacernos pasar por alto la significativa diferencia entre la cautela del primero y el arrojo del segundo. El guerrillero mexicano debe atreverse a pelear contra un engaño, combatiéndolo con balas y no sólo con palabras, ahí donde el intelectual francés puede limitarse a constatar un simple equívoco. Por esto mismo, lógicamente, mientras que uno se impone una prudente regla de abstinencia cuando se trata de zanjar entre las diversas interpretaciones del “ganamos”, el otro no duda en lanzarse valientemente a la lucha de las interpretaciones y optar por aquellas que se oponen a las que atribuye a su enemigo.

El Subcomandante Marcos, en su afán de rasgar el velo de ambigüedad, acepta el desafío de la interpretación e intenta desentrañar lo deliberadamente solapado, el engaño inequívoco en las palabras equívocas, la verdad engañosa en la mentira verdadera, la premisa de culpabilización en la conclusión de la vaga disculpa, la indudable usurpación en la dudosa indulgencia, el racismo despreciativo y el autoritarismo despótico en la demagogia diplomática de la dictadura perfecta. El retorno zapatista de lo inequívoco toma entonces la forma de un desengaño subversivo. Esto es así porque el equívoco se interpreta como un engaño, una trampa, una manipulación, una mistificación deliberada. Su autor, de hecho, es alguien considerado maquiavélico y perfectamente bien identificado, Carlos Salinas de Gortari. Sin embargo, como ya lo señalamos, el individuo sólo interviene como portavoz de una clase, mientras que la trama discursiva de su engañoso equívoco parece obedecer a una configuración ideológica transindividual y no forzosamente consciente para cada individuo. Hay que señalar, al

respecto, que el análisis crítico de discurso del EZLN tiene el mérito de no caer ni en el psicologismo ni en el individualismo. En la perspectiva zapatista, es dudoso que el propio Salinas, por más perverso y astuto que se nos muestre en el imaginario de los mexicanos, esté al tanto de cada uno de los eslabones del complejo proceso que subyace a su aparente sentido común y que le permite perdonar a los zapatistas únicamente al inculparlos y al disculpar a la clase dominante, al confundir la justicia con el poder, al atribuir al Estado el monopolio legítimo de la violencia, al criminalizar la revuelta social, al reservar el derecho a la vida para los no-indígenas y al despreciar a cualquier pueblo que no deje colonizarse por la civilización occidental-septentrional.

La ciencia en las calles y en las montañas

El EZLN adivina un anudamiento inextricable, impensable, en el perdón salinista. Ni siquiera Salinas de Gortari podría concebir todo aquello que representa. Como portavoz de su clase, confiesa más de lo que sabe y dice más de lo que dice, ya que enuncia en cierto modo la enunciación y no solamente lo enunciado.

Hay que hacer abstracción de lo enunciado y concentrarse en la enunciación para percatarse de que la configuración ideológica del equívoco salinista forma parte de la misma ideología dominante que el Subcomandante Marcos atribuye al equívoco posmoderno. Tanto en la posmodernidad como en el neoliberalismo de Salinas, independientemente de los contenidos ideológicos diferentes en cada caso, la forma del equívoco realizaría un engaño clásico, bien conocido por los marxistas, que resulta favorable para una clase al imponerse a través de un supuesto sentido común que disimula su propio carácter ideológico y clasista. La “posición de clase” y el “criterio de clase”, así como la condición propiamente ideológica de la “ideología dominante”, desaparecerían tras los caprichos imaginarios posmodernos y neoliberales de los “individuos” y de su propio “derecho” (Subcomandante Marcos, 1994b).

El derecho individual sigue siendo ilusión protectora con la que se enmascara la dominación clasista. La clase continúa dominando, como siempre lo ha hecho, mediante la disimulación ideológica de su propia dominación. Lo nuevo no es tanto el cinismo, como pretenden Sloterdijk (1983) y Žižek (1989), sino más bien aquello mismo a lo que éstos y otros autores han contribuido quizás involuntariamente, a saber, la sutil acentuación y elaboración del equívoco, de la confusión

e indefinición, de la vaguedad y la ambigüedad, lo que aportaría nuevos recursos para disimular sin disimular, engañar sin engañar, ser cínico sin serlo en realidad. Lo nuevo es la “mezcla” de todo con todo, la “todología” en la que hay lugar para todo, incluyendo evidentemente “el cinismo” como “bandera de la izquierda” (Subcomandante Marcos, 1994b).

En el caso específico de la “moda intelectual” del equívoco posmoderno, apreciaríamos un “continuo brinco de conocimientos de ‘sentido común’ a conocimientos científicos a productos estéticos”, el cual, más que indicar el fin de las ideologías, exhibiría cómo “la ideología dominante domina en las ciencias” precisamente al imponerse como el “marco de referencia del sentido común” (Subcomandante Marcos, 1994b). Esta crítica zapatista de la posmodernidad es convincente y consonante con lo que expusimos anteriormente. Sabemos bien que el sentido común, al triunfar como pensamiento único, es el equívoco unívoco de la ideología que lo invade todo, que excluye cualquier alternativa, que proclama falsamente el fin de las ideologías y que sólo realiza de verdad el fin de las ciencias, no dejando lugar para esa “incesante lucha contra la ideología” en la que radica el auténtico trabajo científico (Althusser, 1963, p. 171).

La reveladora paradoja es que hayamos debido recurrir aquí a un grupo guerrillero como el EZLN y a un encapuchado como el Subcomandante Marcos para encontrar un buen ejemplo de trabajo científico en el que lo inequívoco se abre paso en su lucha contra lo equívoco ideológico dominante. Vemos así cómo lo auténticamente científico, bajo la represión y persecución del pensamiento único, ha sido prohibido, excluido y reducido a la clandestinidad. Apreciamos también, en el mismo sentido, cómo lo inequívoco científico tan sólo puede recobrase hoy en día en lo más equívoco y aparentemente menos científico, en lo abiertamente histórico y sociopolítico, en el campo de batalla de las ideologías, es decir, no sólo mediante las descripciones de lo unívoco en publicaciones académicas y aulas universitarias, sino a través de las insurrecciones contra lo inequívoco en las montañas de las guerrillas y en las calles de los movimientos sociales. Es aquí, al elegir colectivamente una interpretación y luchar por ella también colectivamente, en donde podemos hacerla valer como la única descripción unívoca en el gesto mismo en el que la defendemos, como colectivo, contra lo inequívoco interpretado por nosotros en los embates enunciativos de otras interpretaciones

equívocas intercambiables. En esta lucha con el otro y en lo real, “frente a las interpretaciones sin límites en las que el intérprete se ubica como si fuese un punto absoluto, sin otro ni real, se trata de una cuestión ética y política: una cuestión de responsabilidad” (Pêcheux, 1983a, p. 120).

Conclusión: la insurrección contra lo inequívoco

Tal vez podamos deslindarnos de lo que describimos, pero somos necesariamente responsables de lo que interpretamos. Aunque la responsabilidad sea evidentemente colectiva, debemos aceptarla y asumirla, cargar con ella, responsabilizarnos de nuestra interpretación y de sus consecuencias. Las consecuencias, por lo demás, provienen de nuestra misma responsabilidad. Somos responsables de nuestra interpretación al comprometernos con ella y ser consecuentes con ella, sacando las consecuencias que se imponen, actuando en consecuencia, manteniéndonos posicionados ante lo interpretado, luchando por él o contra él.

Si puede haber posicionamiento y lucha tras la interpretación de lo equívoco, es porque el trabajo interpretativo permite atravesar lo equívoco y llegar a lo inequívoco. Lo inequívoco, lo que podemos describir, lo único ante lo que vale la pena posicionarse y luchar, es en definitiva lo que hemos forjado a través de la interpretación del equívoco, de lo que sólo podemos interpretar. Al ser producto de la interpretación, lo inequívoco interpretado es precario y está sujeto a la lucha de las interpretaciones, pero al ser inequívoco, al menos para nosotros, constituye algo por lo cual o contra lo cual podemos tomar posición y ponernos en pie de lucha.

Para llegar a una revuelta como la zapatista, para lanzarse a una insurrección contra lo inequívoco de la opresión, la explotación, la discriminación y la segregación de los indígenas, hay que partir actualmente de una interpretación de los discursos equívocos dominantes emitidos por gobernantes, funcionarios, empresarios, periodistas, etc. El punto de partida es entonces un análisis crítico de discurso que va más allá de la descripción acrítica de lo aparentemente unívoco, tal como ésta es efectuada por medios informativos convencionales, pero que incita igualmente a ir más allá de cualquier irresponsable interpretación de lo equívoco, es decir, más allá de los frívolos e ilimitados juegos interpretativos posmodernos tediosamente autorreferenciales y no comprometidos ni

a favor ni en contra de ningún resultado inequívoco de la interpretación.

Al posicionarse y luchar colectivamente en función de un resultado interpretativo aceptado como real e inequívoco, el EZLN le da una razón de ser al análisis crítico de discurso, el cual, aunque resignándose a dejar atrás la pura descripción de lo unívoco y aceptar el desafío de la interpretación de lo equívoco, no se ha resignado por ello a detenerse aquí, de pronto, como si hubiera llegado al fin de la historia. La posmodernidad tiene una puerta de salida. El punto al que llega Pêcheux es el punto del que debemos partir hoy en día.

La interpretación de lo equívoco, tal como es concebida por el zapatismo, debe conducir a la insurrección contra lo inequívoco interpretado en lo equívoco. Esta rebeldía contra lo interpretado tiene que llenar el vacío dejado por la revolución contra lo descrito. No tiene ya sentido que intentemos recobrar lo unívoco descriptible, pero sí que debemos redescubrir lo inequívoco interpretado en lo equívoco interpretable, el engaño en el capitalismo, la pérdida en la ganancia, la hipermodernidad en la posmodernidad.

Referencias

- AFP (2012). Jospin: une élection « dans une situation plus exceptionnelle qu'en 1981 ». 20 minutes. 6 de mayo 2012. <http://www.20minutes.fr/politique/929651-jospin-election-dans-situation-plus-exceptionnelle-1981>
- Althusser, L. (1962). Le piccolo Bertolazzi et Brecht (notes sur un théâtre matérialiste). En *Pour Marx* (pp. 129-152). París: La Découverte, 2005.
- Althusser, L. (1963). Sur la dialectique matérialiste. En *Pour Marx* (pp. 161-185). París: La Découverte, 2005.
- Althusser, L. (1965). Contradiction et surdétermination. En *Pour Marx* (pp. 85-128). París: La Découverte, 2005.
- Augias, D. (2012). Le maître et l'élève: Mitterrand 1981 et Hollande 2012. Nonfiction.fr. Le quotidien des livres et des idées. http://www.nonfiction.fr/article-5803-le_maitre_et_leleve__mitterrand_1981_et_hollande_2012.htm
- Baudrillard, J. (1972). Pour une critique de l'économie politique du signe. París: Gallimard.
- Derrida, J. (1972). La dissémination. París: Seuil.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1972). Capitalisme et Schizophrénie 1. L'Anti-Œdipe. París: Minuit.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1980). Capitalisme et Schizophrénie 2. Mille Plateaux. París: Minuit.
- Gadet, F. y Pêcheux, M. (1981). La lengua de nunca acabar. México: FCE, 1984.
- Henry, M. (1976). Marx. Une philosophie de la réalité. Une philosophie de l'économie. París: Gallimard, 1991.
- Lacan, J. (1956). Le séminaire. Livre III. Les psychoses. París: Seuil, 1981.
- Lacan, J. (1960). Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien. Écrits II (pp. 273-308). París: Seuil (poche), 1999.
- Lacan, J. (1966). Réponses à des étudiants en philosophie. En *Autres écrits* (pp. 203-217). París: Seuil, 2001.
- Lacan, J. (1968-1969). Le séminaire. Livre XVI. D'un Autre à l'autre. París: Seuil, 2006.
- Le Pen, M. (2012). Pour que vive la France. París: Jacques Grancher.

- Lyotard, J.-F. (1973). *Dérive à partir de Marx et de Freud*. París: 10/18.
- Lyotard, J.-F. (1979). *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*. París: Minuit.
- Parker, I. y Pavón-Cuéllar, D. (coord.) (2013). *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual*. México: Plaza y Valdés.
- Pêcheux, M. (1969). *Analyse automatique de discours*. París: Dunod.
- Pêcheux, M. (1975). *Les vérités de La Palice. Linguistique, sémantique, philosophie*. Paris : Maspero.
- Pêcheux, M. (1982). *Délimitations, retournements et déplacements. L'Homme et la société* 63-64, 53-69.
- Pêcheux, M. (1983a). *El discurso: ¿estructura o acontecimiento?* En I. Parker y D. Pavón-Cuéllar (coordinadores), *Lacan, discurso, acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual* (pp. 103-120). México: Plaza y Valdés.
- Pêcheux, M. (1983b). *Analyse de discours: trois époques*. En D. Malmidier (ed.), *L'inquiétude du discours* (pp. 295-302). París: Cendres.
- Pêcheux, M. y Fuchs, C. (1975). *Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique de discours*. *Langages* 37, 7-80.
- Sloterdijk, P. (1983). *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela, 2003.
- Subcomandante Marcos (1994a). *¿De qué nos van a perdonar?* Recuperado el 8 de abril 2014 de http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1994_01_18.htm
- Subcomandante Marcos (1994b). *Mensaje para Adolfo Gilly*. Recuperado el 14 de abril 2014 de http://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1994/1994_10_22.htm
- Žižek, S. (1989). *The sublime object of ideology*. Londres: Verso, 2008.